

vez más gloriosa, si haciéndose amar de los que ha civilizado y sosteniendo relaciones comerciales y científicas consigue que se olviden sus violencias conquistadoras y se arraiguen en el corazón de estos pueblos sus usos y costumbres, sus creencias y fe religiosas, y su hermoso y sonoro idioma.

Europa y América se encuentran hoy casi á la misma altura. Los adelantos de la época están en poder de estos dos continentes que se llaman civilizados. El resto del mundo depende de ellos, y en particular de la primera. Rusia, Inglaterra, Francia, España y Portugal, mandan en gran parte de los otros continentes.

Pero al presente se nota gran agitación en todas las naciones que por su poder ó por sus recuerdos históricos están llamadas á influir en los destinos del mundo. Cada cual se precipita y acelera el paso para tomar las posiciones más ventajosas á su desarrollo y seguridad. Todos buscan en el sistema de colonización el sostenimiento de su estado actual, los elementos de nutrición de su grandeza del porvenir, las condiciones favorables para el cumplimiento del cometido que les ha señalado el destino.

Todos tienen la conciencia de que lo inútil tiene que desaparecer, que la nación que se oponga á la marcha de los sucesos y de las ideas será aplastada, como lo es el hombre que de pié en medio de la vía trata de detener la circulación de la potente locomotora que arrastra tras sí los productos del comercio, la industria, las artes y la ciencia. ¡Loco es el hombre que intenta detener la marcha progresiva de la civilización!

.....  
La hora de la pérdida de su independencia parece que ha sonado para los estados y tribus de Africa. Inglaterra y Francia se reparten los territorios de esta parte del mundo á los ojos y contra los intereses de las demás naciones, teniendo como norma que es más útil para su conveniencia el obrar y después cambiar notas diplomáticas, que no discutir sus derechos y razones ante el interés de los que ambicionan esos mismos estados y que le impedirían obrar en contra de sus derechos. Francia é Inglaterra por proteger los intereses de los europeos intervienen con sus ejércitos en las disensiones de los tunecinos y egipcios, y Túnez es incorporada á Francia y el Egipto pasa á la dominación inglesa. Las demás naciones son heridas con la adquisición francesa en su orgullo nacional y conculcados sus intereses; pero Inglaterra sienta este precedente en apoyo de las razones que la obligan á proteger y moralizar al pueblo egipcio. Francia, que tenía bien asentada su influencia en la política de este pueblo, se contenta con las agradables notas diplomáticas; las primeras potencias, asombradas de tal osadía, son entretenidas con la promesa de su participación en un congreso europeo; España, que tantos intereses tiene en el canal de Suez, es satisfecha en su honra y derechos lesionados con... el desprecio.

\*\*\*

Las empresas de las naciones deben corresponder á su poderío y estar en armonía con su grandeza histórica. El imperio de Marruecos no conquistará la América, ni los Estados de la Suiza ó la república de Andorra pueden apoderarse del Africa ó la Oceanía.

GERMAN C. DE BETHENCOURT.

## REVISTA EXTRANJERA

Día de luto y de gloria para la patria, el *Dos de Mayo* de 1808 nos recuerda en los umbrales del presente siglo el renacimiento de la libertad. Sin él, ni

las inmortales Cortes de Cádiz, ni la abolición del Santo Tribunal, ni la del tormento y la confiscación hubieran venido tan pronto á mejorar el gobierno de nuestro país; sin él, ni Gerona ni Zaragoza hubieran tenido ejemplos que imitar tan domésticos y recientes, ni los adversarios de Napoleon hubiesen podido contar con uno tan decidido como los ingleses y los rusos; pero que no pudiendo oponer al invasor ni millones ni murallas de hielo, se armaba del *No importa* y tenía como fortísimas murallas sus invencibles corazones. La zampoña de Melendez trocada en la trompa de Quintana, el Consejo en las Cortes, el régimen tradicional en la Constitución, el aislamiento del país en una estrecha alianza con los enemigos del Emperador, hé aquí los resultados de aquel día sin semejante en nuestra historia. Aquel fué un día como los muchos por que ha pasado Polonia; pero también lo fué digno de Esparta y de Cartago en su desgracia. Su recuerdo debe servirnos de estímulo para no perder jamás el sentimiento del patriotismo; debemos guardarlo como el fuego sagrado donde se consumaban los holocaustos de los hebreos y que estos sepultaron para sacarlo á luz cuando del cautiverio volviesen á la patria. No ha de servirnos, como tantas veces se ha dicho, para alimentar pasiones inconciliables con el afecto de la fraternidad universal, pues tales crímenes como los de aquel día no han de pesar sobre las generaciones que sucedieron á la de Murat; pero tampoco sería conveniente mirar aquella página entre las olvidadas de la historia, porque aún está léjos el término de toda guerra y de toda ambición, y harto hermoso y desgraciado es nuestro país para no excitar la codicia de algun futuro Bonaparte.

\*\*\*

Luctuosos aniversarios en España, compensados al ménos con días de paz; fiestas en Rusia, pero con grandes temores; hé aquí la situación de los dos extremos de Europa. El Czar Alejandro III se ceñirá la corona de los grandes duques y de los antiguos khanes, que desde Pedro el Grande es también una tiara. La Iglesia griega, fecunda madre de los Basilio y de los Crisóstomos, de los Nicolás y de los Ignacio, sierva en Constantinopla, palaciega en Rusia, figurará entre la comparsa de la coronación, porque se ha contentado con vestir librea, en vez de haber conservado intacto como la latina el esplendor de los ornamentos pontificales. Los antiguos Césares recibían la corona de mano de los Papas; los modernos se la toman, sirviéndoles de acólitos los patriarcas<sup>1</sup>. La coronación y consagración no pueden ostentar su antiguo sello divino, cuando tal es la condición del sacerdocio. El pueblo se abreviará un día en torrentes de cerveza y de aguardiente para derramar al otro día torrentes de sangre; no tomaban así el *hidromiel* los héroes de Odin ni los compañeros y hermanos de Rurik, que fundando, no una monarquía, sino una república, escribieron la primera línea de la historia rusa, ni el monje Nestor, su antiguo cronista, pudo sospechar que andando el tiempo, tales fuesen los soberanos y tales los súbditos. ¡Cómo hubiera podido descubrirse el carácter de la consagración en las frentes de los últimos *Carlovingios* tanto como se descubría el del genio y el de la fuerza en los primeros *Capetos*? En nuestra historia española, tan poco ceremoniosa como verdaderamente libre, la coronación y consagración de los Reyes se veían sustituidas por un pacto con el pueblo, en que unos y otros se juraban amistad, fidelidad y las más estrechas relaciones. Ni se creyó en que bajase del cielo la *santa ampolla* de Rheims, ni en que los monarcas tuviesen dones extraordinarios para curar enfermedades, ni en que el vuelo de los pájaros que se soltasen dentro del templo llevase nuevas de felicidad y bienandanza á todos los extremos del territorio. Y sin embargo, nuestros padres no creían ser ménos libres al jurar fidelidad á sus primeros magistrados, ni decían, como Beranger en su canto á la coronación de Carlos X, que él representaba por la de Carlos el Simple:

*Oiseau; nous payons notre chaîne;  
Gardez, gardez bien votre liberté.*

Hace ya muchos años, cuando Nicolás Paulovitz, el Emperador que más largo tiempo ha regido en este siglo los destinos de Rusia, y mejor ha representado

<sup>1</sup> La corona para la consagración vale tres millones, el trono 5.000 duros; el valor de todas las insignias es de 123 millones de reales.

el poder militar de su país, recibió la corona, cuando se preparaban las fiestas de la consagración con tanto fausto como el que ahora se anuncia, en vez de los grandes temores que hoy se abrigan, presenciaban los espectadores de las fiestas y contemplaba admirada Europa un gran espectáculo. Constantino, el gran duque heredero, que debía suceder á su hermano Alejandro, el invasor de París, el héroe caballeresco de la Santa Alianza, enamorado de una hermosa y discreta señora de Polonia, la princesa de Lowicz, dejaba libre el paso hasta el trono á Nicolás y se entretenía en administrar el reino de Polonia y en adiestrar á su ejército para la guerra, con tan fatal resultado para Rusia, que aquellas lecciones, unidas al amor de la patria, produjeron los dos heroicos levantamientos de aquella infortunada comarca. Al disponer Nicolás los preparativos de la coronación llamó al gran duque Constantino y volvió á ofrecerle la corona, que su hermano mayor renunció una y otra vez insistiendo en sus anteriores determinaciones. Ni áun quería permanecer en la corte más que unas cuantas horas, á lo que se opuso Nicolás, rogándole que se detuviese algunos días. Constantino era el ídolo de la nobleza rusa, á cuya vista representaba el tipo nacional de los Czares con mayor propiedad que el favorecido con el cetro del imperio. Para distraerse mientras no se consagraba Nicolás, Constantino acudía diariamente á ejercicios militares y revistas: en uno de aquellos días pasaba por delante de los príncipes un regimiento cuyo jefe era el desinteresado gran duque. Dispensado se hallaba éste de tomar parte en las maniobras de aquel regimiento; pero fiel á las tradiciones de los Romanoff, y particularmente de Pedro el Grande que, como discípulo de Le Fort y como obrero en Saardam recorrió uno por uno todos los grados y empleos del ejército y de la marina, se incorporó á las filas y hasta la conclusión del acto en que renunciaba la corona de *todas las Rusias* se sujetó á las más minuciosas reglas de la ordenanza. Pero al pasar Constantino delante de Nicolás y tratar de besarle la mano, levantóse éste, no le permitió semejante demostración de respeto y le estrechó afectuosamente entre sus brazos en medio de los aplausos de todos los espectadores.

Sin duda en las próximas fiestas ocupará el temor el lugar de la alegría y no se presenciará por los que asistan un espectáculo tan conmovedor y tan honroso para la naturaleza humana.

Ahora recordamos haber leído en Léouzon-le Duc, autor de una historia del Emperador Alejandro II, que entrando éste un día en las habitaciones más interiores de su palacio encontró á sus hijos representando, como juego infantil, la trágica muerte de Pablo I, que, como se sabe, murió ahogado por manos de individuos de su familia y en su propio lecho. Indignado el Emperador puso inmediatamente fin á tan lúgubre farsa y pasó aquel día no sólo con su melancolía de siempre, sino en un dolor inconsolable.

Excusamos indicar á nuestros lectores que Alejandro III, que no cuenta aún en la historia de su reinado páginas tan gloriosas como la de la emancipación de los siervos escrita por su padre, al recordar estos grandes acontecimientos, ya prósperos, ya adversos de su familia, será el que ménos goce con los preparativos de la gran fiesta de la coronación, y que viéndose en tan eminente puesto conocerá mejor que todos la soledad y el vacío que circunda las grandezas de la tierra y la nada de las glorias humanas.

\*\*\*

Si hubiésemos de tratar una cuestión política en fórmulas matemáticas, diríamos que la acción de Inglaterra se ejerce en razón directa de la debilidad de los pueblos á los que se hace sentir y en razón inversa de su distancia á la metrópoli. Los que estudian la intervención de la Gran Bretaña en los negocios de Egipto, pueblo que si no era enteramente libre tampoco dependía de potencia alguna occidental, sino de Turquía, pueden comparar esta conducta con la que sigue en el Canadá, casi completamente libre, como lo era Egipto. Allí, donde no tenía derecho alguno para intervenir, interviene con legiones, con dinero, con influencia diplomática; allí, donde ve la sombra de los Estados-Unidos reflejándose sobre los lagos canadienses, abandona la soberanía, al mismo tiempo que la India, ántes sujeta á una compañía de mercaderes, pasa á la condición de imperio bajo el cetro de Victoria I. El Canadá ya tuvo una Constitución en 1791, y el Alto y el Bajo Canadá formaron dos go-

biernos distintos. Una especie de Consejo ó Senado, compuesto de siete representantes por aquella provincia y quince por ésta, y un Congreso elegido por los propietarios, eran las Cámaras del país, y así continuó el Gobierno hasta 1837. En 3 de Julio de 1840 se promulgó una nueva Constitución, con un gobernador y un Consejo de ministros responsables, otro Consejo ó Senado elegido por la Reina y una Asamblea de 130 diputados. Aun el derecho de sancion de leyes, reservado por la ley á la Corona, no se ejerce. Y todo esto se ha hecho á pesar de la gran influencia del elemento francés, que tan gloriosamente ha figurado en la civilización de aquel remoto país americano, dando á la Iglesia muchos ilustres mártires, y á la política y á las armas buen número de nombres ilustres. Los que desean para ciertas provincias españolas, que no es necesario citar por sus nombres, un sistema de gobierno parecido al ahora descrito, no consideran cuánta es la diferencia de condiciones entre el Canadá y los territorios indicados, ni atienden á que la coexistencia de ingleses y franceses ha sido la causa de semejante independencia, ni pueden presentar como ejemplo de generosidad en los ingleses una conducta que estos desmienten paladinamente cuando se trata de países más próximos al suyo y á donde puede llegar con más facilidad la influencia de su administración y de sus armas. Aun en esto ha pasado á Inglaterra el espíritu de la antigua Roma, que hasta Antonino Caracalla dividió en clases con derechos distintos sus provincias y territorios, no ménos que á sus habitantes.

\* \* \*

Con motivo de la anunciada visita á nuestra capital del príncipe siamés Prisdang, se ha fijado en su país y en el Japon la opinion pública, y en verdad ya es tiempo que nuestra patria deje de mirar la región de donde procede nuestro huésped más que como patria de juglares y actores de circo, más que como tienda de tirolese y fábrica de abanicos y porcelanas. El Japon es un país que desde los viajes de Thunberg hasta nuestros dias, y quizá más en estos que en aquellos, merece muy detenido estudio. En todos los ramos de la administración pública, en todas las manifestaciones de las artes útiles nos demuestran los japoneses que los anima el espíritu de verdadero progreso que faltó por tanto tiempo á los pueblos asiáticos. Dos viajeros modernos, el norte-americano Pery y el mejicano Diaz Covarrubias, lo han comprobado, aun refiriéndose á ramos en que no se sospecharia semejante progreso. Primero, á la manera que Tarquino fué cortando las adormideras de su huerto y que Ramiro el monje segó las cabezas de los turbulentos magnates aragoneses, uno y otro monarca temporal y espiritual del Japon abatieron el poder feudal de muchos grandes, casi soberanos, despues cesó aquella deplorable dualidad de gobiernos, y por último, fuerte ya é ilustrado á la europea el poder civil, ha fundado una universidad tomando por modelo las más célebres de Alemania; imprentas, periódicos, becas en las escuelas europeas, un colegio de lenguas y hasta 53.000 escuelas de instrucción primaria; 1.200 obreros construyen buques acorazados en el arsenal de Yokoska y se encargan á Europa otros que trasformarán los antiguos juncos de los piratas en lucidísima escuadra.

El renacimiento del Japon desde la gran mudanza política de 1868 será uno de los más grandes acontecimientos del siglo XIX. Por medio de tratados de comercio estrecha cada dia más sus relaciones con las potencias de Occidente, y abandona el antiguo sistema de intolerancia que redujo á la esclavitud á los súbditos y condenó á la oscuridad á los monarcas del gran archipiélago oriental del Asia. España, más que otras potencias, debe interesarse en tan grandes progresos, y al mismo tiempo adoptar las precauciones que se consideren precisas por lo que semejantes adelantos pudiesen influir en la suerte futura del archipiélago filipino. Otras naciones habrán llevado á los japoneses su espíritu mercantil, sus conocimientos industriales, y entre ellos el de los más poderosos medios de destrucción y estrago que posee la ciencia moderna. España, por una larga serie de intrépidos misioneros, á cuya cabeza figura un nuevo San Pablo, San Francisco Xavier, llevó al Japon la luz del cristianismo, sin el cual no hay civilización perfecta desde que lució sobre la faz de la tierra. Mas ¡qué poco se aprecian por los encomiadores de todo lo moderno los servicios de los antiguos misioneros, que dejándolo

todo por seguir al Salvador, la dulce patria, la inestimable vida, la honra, que tampoco puede valuarse, internándose en soledades, en medio de salvajes ó de fieras, redujeron á vida civil á los naturales, roturaron las tierras, enseñaron á sus neófitos los oficios más necesarios, y curando sus dolencias les prolongaron la vida, formaron la Gramática y el Diccionario, y á las veces hasta la misma literatura con que cuentan tantos desconocidos idiomas, y por último, prepararon la influencia que hoy ejercen, allí donde se atrevieron á penetrar, muchas naciones europeas! De tales campeones de la religion y de la ciencia se dijo que su recompensa no es de este mundo y que sus nombres quedarán perpétuamente consignados, más que en las crónicas de la tierra, en el *libro de la vida* y en los anales del cielo.

\* \* \*

Acabamos de apreciar el contraste de las ideas religiosas de nuestra época en dos periódicos americanos, *Los Andes*, de Guayaquil, y *El Horizonte*, de Guatemala. En los números que tenemos á la vista el primero publica un sermón, y se manifiesta digno intérprete de la opinion pública de un país que ha cedido á la Santa Sede la quinta parte de sus rentas; el segundo, desde la primera línea hasta la última, se ofrece en cuerpo y alma á los libre-pensadores y descarga tremendos ataques, no como quiera contra toda religion revelada, sino taxativamente contra el catolicismo. Forma parte de esta armería de irreligion un discurso pronunciado por cierto sacerdote francmasón al ser admitido en la logia de Guatemala. Con profunda pena hemos recorrido este número, y francamente confesamos que como él se escriben pocos en Europa. En verdad que no son artículos doctrinales más ó ménos infundados los que *El Horizonte* publica, son diatribas, son mercancías de enciclopedista, ya averiadas y apenas admitidas en los mercados de Europa. No creíamos que América, al profesar la libertad de comercio, la extendiera, contra su propio genio y sus tradiciones, á géneros de la mencionada procedencia. Por lo demás, bien sabemos que, por desgracia, si fuese más conocido en nuestra patria *El Horizonte* habia de enriquecer con sus columnas las de algunos periódicos que se dan á luz en España.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

### ¡SIN MAS ALLÁ!

Como rumor del viento que se apaga  
entre apiñadas flores;  
como un eco perdido del arroyo  
que sobre arena corre;  
como leve sonrisa que del labio  
aparece en el borde  
y pasa sin dejar señal alguna  
de aquel signo de amores;  
como huella en la nieve del sendero  
que apenas se conoce,  
y del límpido sol borran en breve  
los ardientes fulgores,  
¡así la voz que en mis canciones suena  
sus sentidos acordes  
pasarán sin vivir más que un instante  
sin aplauso y sin nombre!  
¡Conmigo acaso morirán mañana  
para dormir cual yo la eterna noche!

J. MORENO CASTELLÓ.

### LA CIUDAD DE SANTHOMAS

(APUNTES DE VIAJES.)

Es un espectáculo agradable el que presenta la ciudad de Santhomas, situada sobre unos cerros y por todas partes rodeada de árboles. Luégo que se entra en la herradura que forma la bahía, una de las mejores de las Antillas por hallarse perfectamente resguardada de todos los vientos del cuadrante, ménos del S. E., aparece á la vista del viajero la población dividida en tres grupos.

Imagínese el lector tres colosales pirámides cubiertas de flores, extendidas á lo largo de la falda de unos montes. Las casas, pintadas de

rojo y amarillo, contribuyen á la belleza del conjunto, y por las noches la ilusion es más completa, pues las luces de aquel plano inclinado ofrecen la apariencia de tres vastos altares. Santhomas, puede decirse en lenguaje poético, es una lámpara prendida en medio del Océano.

Tiene una larga calle, la principal, que abarca los tres barrios, y otras paralelas de corta extension, todas transitadas por coches, menos varias de las trasversales, entre las que hay algunas cuyo piso es una escalera por la que se sube á la cumbre, en la cual está la elegante y aseada habitacion del comerciante santhomeño, circuida de árboles y como queriendo ocultarse entre el verde follaje y las flores.

En el largo trecho de la calle principal se hallan los almacenes de mercancías, tan famosos en otro tiempo.

No sé en este momento quién fué el fundador de Santhomas, y lo siento, pues merece las alabanzas debidas á los bienhechores de la humanidad. Todo allí está previsto, conforme á las reglas de la higiene, para la conservacion de la vida en los climas cálidos y palúdicos: el arbolado, las distancias de unas á otras habitaciones, la costumbre del aseo y el desagüe, calculado de tal modo, que una hora despues de haber caído uno de esos aguaceros torrenciales tan comunes en la zona tórrida, no queda estancada una sola gota de agua.

Me causó placer contemplar el mismo sistema de zanjas que yo quisiera ver en la ciudad Colon, istmo de Panamá, lugar de cita de los obreros del mundo, segun dije en las anteriores páginas; y quisiera al mismo tiempo que no sólo hubiese árboles por todas partes, sino que se desarrollase en los habitantes la afición á la floricultura.

De Santhomas puede decirse que está edificada dentro de unos jardines, y esto es más meritorio aún por no haber en la isla aguas corrientes y hacerse el riego con las de cisternas. Sólo en uno de los cerros murmura el arroyuelo Yandungo, á media milla de la ciudad; y aunque no es suficiente para proveerla de ese líquido, debe extrañarse que no se le haya puesto una cañería para formar una ó más fuentes, construyéndose al efecto un receptáculo que aquel hilo de cristal llenaria por las noches.

Hay tres iglesias protestantes, una católica y una sinagoga; hay tambien hospitales muy bien servidos para católicos, protestantes é israelitas.

Cuenta la ciudad de Santhomas 16.000 habitantes, la mayor parte de color; y los que hacen el comercio son españoles, judíos, ingleses, franceses, etc., y un número de naturales del país.

Los campos, que no tuve tiempo de visitar, están poco cultivados. Me pareció el terreno de la isla de aluvion, con corta capa vegetal y recargado de sílice.

Si la química agrícola no hubiese descubierto varias materias colorantes que han traído el demérito de la cochinilla, podia cultivarse en Santhomas con feliz éxito el *cactus opunthia*; y ya que esto no sería conveniente, podia ensayarse la siembra de la morera, que allí debe crecer con gran lozania, é introducir el gusano de seda; la quina es probable que no desdeñe las alturas, y es seguro que en todas partes se dará la *agave americana*, magüey, que produce para la cordelería una materia textil muy solicitada en todos los mercados.

Un pueblo que descuida la industria no puede ménos de ser desgraciado, aun cuando tenga todas las apariencias de la dicha. La industria, creadora de valores, es la vida de las sociedades humanas; por eso me he detenido en

estas leves indicaciones sobre los cultivos más adecuados al terreno y al clima.

Pero en Santhomas se halla adormecida la actividad individual para las empresas agrícolas: baste decir que se desatiende la horticultura, la horticultura que es siempre tan productiva, y que en sus inocentes labores trae al alma tan dulces y bellas impresiones.

La vecina isla de Puerto-Rico, que dista unas seis horas, provee de legumbres á la ciudad.

Digno de aplauso sería que el gobernador danés de la isla comprase un campo y formase una huerta con los fondos destinados en el presupuesto para hospitales. Esos fondos pronto se triplicarían en beneficio de los pobres, y el pueblo recibiría una lección objetiva. La siembra de verduras debiera constituir en Santhomas el bienestar de muchas familias, que seguramente se hallan hoy rodeadas de penosas privaciones y podían vivir en medio de una dichosa abundancia.

Casi todas las calles tienen árboles á los lados y los patios matas de flores. El Gobierno no ha sido indiferente al desarrollo del sentimiento de lo bello que las flores impulsan; el parque del Recreo, graciosamente dibujado al estilo chino, es asistido con esmero por un contratista que recibe anualmente una suma de los fondos nacionales. Una pequeña rotunda adorna el parque, cerrado por una verja de madera, y cuando una orquesta de la ciudad, ó de algun buque de guerra extranjero, deja oír en aquel lugar sus armonías, se pagan diez centavos por la entrada, y lo que se recoge se aplica á la beneficencia pública.

El alumbrado es de gas, pero escaso; las calles están casi todas á oscuras.

Hay en la isla 500 hombres de guarnición y una policía activa.

El Rey Cristian IX de Dinamarca gobierna los pueblos en paz y justicia; ni una sola crítica oí en Santhomas de este excelente monarca; al contrario, su nombre es generalmente bendecido.

La renta de la isla no cubre los gastos y la metrópoli los completa.

Santhomas se halla en gran decadencia. A fines del siglo último y principios del presente era el almacén general de las Antillas y de toda la América española. Las leyes aduaneras de España sólo permitían el tráfico á los galeones de S. M. Católica, que visitaban pocas veces al año aquellos mares, y como es natural, el contrabando se encargó de poner un correctivo á tan gran error económico, nacido de un excesivo celo por la conservación de la soberanía. Vendíanse, especialmente las telas inglesas, en el continente y las islas, más baratas que si hubiese habido comercio libre, y numerosos contrabandistas de todas las naciones empleaban sus pequeños buques de vela en llevar mercancías de todo género á las posesiones españolas, mal guardadas porque formaban un mundo, y Santhomas servía de depósito.

Ya en tiempos anteriores, siglos XVII y XVIII, había sido muy frecuentada por los filibusteros, piratas desalmados, que si hubieran tenido un pensamiento político y la conciencia de su poder, hubieran, favorecidos por algun monarca, fundado un vasto imperio en las Antillas; pero ellos sólo se ocupaban del robo, y sus hechos, dañosos á España y á toda la humanidad y sin consecuencia en la Historia, no fueron otra cosa que el eco lejano de las guerras europeas.

Sobrevino la completa emancipación de las colonias (año de 1824), y las nuevas naciones, frondosas ramas del árbol gigantesco que brotó en Covadonga, establecieron negocios directamente con Europa, lo cual, sea dicho de paso, fué un fausto acontecimiento para la hábil di-

plomacia de Inglaterra, que tiene por norte buscar por todas partes mercados consumidores.

Al poco tiempo Fulton aplicó el vapor á la navegación, acortando las distancias; Jacobo Watt, lo aplicó á los ferro-carriles, facilitando en gran manera el transporte; y por último, Ciro Fild arrojó el pensamiento en alas de la electricidad al través del Atlántico. Estas grandes manifestaciones del progreso humano cambiaron la faz del comercio, le dieron inusitada actividad en todo el mundo, y los buques de vela no llenaron la necesidades del tráfico y quedaron condenados á un desdeñoso olvido. Desde entonces principalmente data la decadencia de Santhomas, que hoy sólo tiene negocios de alguna importancia con Haiti y Puerto-Rico; pero no queda duda que la existencia de este almacén general en la isla más avanzada sobre el Océano del grupo de las Antillas, tiene su razón de ser y merece ser favorecido por el comercio, especialmente de aquellos pueblos situados en el mar Caribe, como Cuba, Puerto-Rico y los Estados federales de Colombia, Magdalena, Bolívar y Panamá. Es una gran ventaja poder proveerse á menudo en Santhomas á precios módicos, con plazos cómodos y sin interés, en lugar de la larga espera que demanda el despacho de los pedidos á Europa.

Varias casas fuertes de la pintoresca ciudad se han trasladado á Londres y París; y si las que han quedado mandasen sus agentes á la América española donde ántes tenían tan activos negocios, creo fácil reanudar las interrumpidas relaciones con provecho recíproco, aunque no en tan gran escala. Cuán cierto es que todos los pueblos tienen sus períodos de engrandecimiento y de ruina.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

A bordo de la mala real inglesa, 17 de Noviembre de 1882.

## FLORES DE INVIERNO

Envuelto en su manto umbrío,  
ya rige el invierno frío  
monte y vega:

ya la escarcha blanquecina  
desde el valle á la colina  
se despliega.

Están los pájaros mudos;  
silban los ábregos rudos  
sin concierto...

¡Ay! no busqueis, amadores,  
bellas, aromadas flores,  
¡porque han muerto!  
Los dulces, lánguidos séres,  
símbolo de las mujeres,  
¿dónde están?

Si de un sér amado y bello  
quereis ornar el cabello,  
¡vano afán!

¿En dónde está la azucena  
con su blancura serena?

¿Dó se ve  
la hermosura de la rosa,  
tan soberbia y lujuriosa?

¡Polvo fué!  
Negras las que fueron rojas,  
en un charco están las hojas  
del clavel,

y á la par tumba y sudario  
un insecto solitario  
tuvo en él.

Inundan sombras de muerte  
la naturaleza inerte:  
con estruendo,

al lanzarse por la umbría,  
á torrente una elegía  
va diciendo.

Mas no lloreis, amadores,  
al ver los campos sin flores,  
solos, yertos...

Onda vital corre y zumba

y el polvo mueve en la tumba  
de los muertos.

Gala del campo, alborozo  
del égido, el blanco allozo  
da gentil  
al céfiro placentero  
de las tardes del Enero  
flores mil.

A los rayos invernales,  
los cándidos almendrales  
floreciendo,  
copos simulan de nieve  
que doquier el aura leve  
va tendiendo.

¡Pobres flores invernizas!...  
¿Sois rescoldo entre cenizas  
del hogar?

¿Sois ilusión de los viejos,  
de sus últimos reflejos  
al brillar?

Del año á la frente cana  
prestais juventud galana,  
no os asombre:  
con la esperanza riente,  
cual blanca luz en su frente,  
¡muere el hombre!...

¿O sois, flores, por ventura  
de la ilusión prematura  
falso gozo?

¡Ay! ¡Los tempranos amores  
pasan luégo, cual las flores  
del allozo?

Mudan con la edad los gustos.  
Arboles no da robustos  
yerto el polo;

pomas de vivos colores  
del trópico á los ardores  
brotan solo.

Mieses ve Julio en la era;  
rosas da la primavera;  
fuego interno

otoño ofrece en sus vinos;  
y da escarcha á los caminos  
el invierno.

Mas ¿cómo á brotar se atreve,  
para afrenta de la nieve,  
raro engendro  
de una deidad caprichosa,  
la flor blanca y pudorosa  
del almendro?

¡Pobre flor! ¡Al viento llama  
mal suspensa de la rama!  
Sopla el viento,  
y entre sus ondas fugaces  
dura ¡ilusiones falaces!  
un momento.

Aún dormid, pálidas flores,  
con aromas y colores  
escondidos:

dormid presas en el germen:  
los montes, los valles duermen,  
y los nidos.

Duerme aún naturaleza,  
embozando su cabeza  
níveas tocas:

manto circunda sombrío  
la sien, calva por el frío,  
de las rocas.

Aún aguardad, inocentes  
floreillas; vuestras frentes  
su desmayo

sacudan cuando las brisas  
suspiren, entre sonrisas,  
«¡viene Mayo!»

¡Viene!... Los pájaros cantan,  
los arroyuelos quebrantan  
sus cadenas!

¡Ah! En este círculo eterno  
pasó la flor del invierno,  
viva apénas.

Que el almendro, por ventura,  
de la ilusión prematura,  
finge el gozo;

y los tempranos amores  
pasan luégo, como flores  
del allozo!...

M. GUTIERREZ.